

ESPAÑA EVANGÉLICA



NAVIDAD
DE
1931

Ayuntamiento de Madrid

15 ct

EL Espíritu de la Navidad es *el Espíritu de Renacimiento*. El nacimiento de Jesús nos lleva a todos a la cuna, y hasta los más ancianos vuelven en pensamiento a su niñez. Hombres y mujeres, jóvenes y niños, todos se sienten atraídos hacia el pesebre de Belén.

Allí presenciamos el principio de algo nuevo, algo que es mejor, más perfecto. Vemos una vida humana que empieza en un ambiente de expectación y de profecía y que nos hace prever triunfos de santidad y de amor jamás alcanzados en otra vida humana.

El niño Jesús es emblema de la Humanidad redimida, prenda de la redención alcanzada luego por la muerte y la resurrección. Brilla sobre su pesebre la luz de una gloria inefable, gloria que se verá en su plenitud sólo cuando ascienda por fin para sentarse a la diestra del Padre Todopoderoso.

Y nosotros, mirándole allí como recién nacido en Belén, sentimos anhelo de un renacimiento en nosotros mismos; quisiéramos empezar de nuevo, aun siendo viejos. La visión del niño empezando su vida tan santa, tan pura, tan amante, nos conmueve profundamente estimulándonos a imitarle.

Pero entonces, como Nicodemo, preguntamos: ¿Cómo puede esto hacerse? Y oímos a este mismo Jesús decirnos: «Os es necesario nacer otra vez. El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde vaya; así es todo aquél que es nacido del Espíritu». ¡Que esta Navidad sea la ocasión para que el soplo divino nos traiga el principio de toda una vida nueva, de un renacimiento espiritual!

El espíritu de la Navidad es también *el Espíritu de Generosidad*. Dios nos ha dado... hasta su Hijo. El que abre su mano para satisfacer los anhelos de toda la Humanidad nos envía ahora el supremo don de su amor. La generosidad divina llega a su mayor expresión: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado», y su nombre es Jesús.

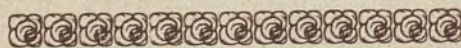
La Navidad nos habla de regalos, de compras desinteresadas, de obras de beneficencia y de piedad; y es así porque sentimos el gran estímulo de la dádiva divina. Los Magos llevaron al Niño Jesús

EL ESPÍRITU DE NAVIDAD

sus preciosos tesoros; pero más aún nos conmueve la manera en que Dios nos ofrece la gran prueba de su amor. Generosidad contagiosa es ésta del Padre Celestial.

Cristo ha llegado al mundo para vivir la vida humana. Y por encima de todas las demás bendiciones divinas, más precioso que todo cuanto por la voluntad divina enriquece o embellece al mundo, está este don de precio incalculable. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito.»

Por lo tanto, aprendamos también a ser generosos. Que el espíritu de generosidad nos inspire, hasta que todos sepamos que «más bienaventurada cosa es dar que recibir». Amamos porque Él nos amó; damos porque Él nos ha dado. Echemos, pues, todo egoísmo y mezquindad de nuestro corazón ante la generosidad



AL NACIMIENTO DE CRISTO

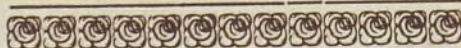
*¡Bendito sea el día en que viniste
a la tierra, Señor! ¡Bendita sea
la piadosa mujer de quien naciste
bajo el hermoso cielo de Judea!*

*Tú has sido para el hombre, como mano
que, por cariño, guía al pobre ciego;
como la lluvia que fecunda el llano;
como la brisa que sofoca el fuego.*

*¡Bendito aquel amor de Dios, que quiso,
por ti, cambiar en nuevo paraíso
esta cárcel moral de nuestro suelo!*

*porque en ti se apaciguan los dolores
y en ti se halla el amor de los amores
capaz de transformar la tierra en cielo.*

Claudio GUTIÉRREZ MARÍN.



divina, manifestada en el nacimiento del Niño de Belén.

Luego, el espíritu de la Navidad es *el Espíritu de Reconciliación*. En estos días toda la atención se dirige a la llamada Sagrada Familia, a ese grupo de José, María y el Niño Jesús. Ese trío nos ofrece un hermoso cuadro de unión en verdadera armonía de espíritu. Para completar el cuadro no hace falta la casa del carpintero de Nazaret; aun aquí, en el establo de Belén se ve la familia modelo, personificando las virtudes propias de toda familia honrada. Desde el principio de su vida humana, Jesús es el punto de unión y el medio de reconciliación.

Pero, viéndole allí con José y María, vemos también en su humilde nacimiento una significación de mayor alcance. No sirve sólo para base de unión en el mundo visible; nos habla también de propósitos divinos, de una reconciliación entre Dios y el hombre, entre el Santísimo Creador y el pecador humano.

Tras del Niño Jesús vemos al Padre Celestial. Este nacimiento no es uno más como tantos otros; no es meramente un acontecimiento en el reducido círculo de un hogar humano. Este Jesús nace para unir el cielo y la tierra, para reunir en una familia espiritual a todos los hijos del Padre Celestial; nace para borrar las ofensas, derribar las barreras y obrar perdón y reconciliación.

Así es que, el espíritu de la Navidad, afecta profundamente a los corazones de los que reflexionan sobre el nacimiento de Jesús; obra en ellos para suavizar el temperamento y ablandar las pasiones, impulsándoles a perdonar a sus hermanos, a confesar sus propias ofensas, a acercarse a los ajenos y a olvidar las cosas que dividen y traen discordia y conflicto.

Jesús nace en Belén para reconciliar a Dios y el hombre y para reconciliar al hombre con su hermano. Dejemos que el espíritu de la Navidad obre la reconciliación en nuestros hogares, en nuestras congregaciones, en nuestras amistades. Todos reunidos junto al pesebre de nuestro Redentor, que seamos todos una misma cosa en Él. Entonces, con el triunfo de este espíritu de la Navidad, habrá gloria en el cielo y paz en la tierra.

Samuel H. G. SAUNDERS

«Os doy nuevas de gran gozo.»

LUCAS, II, 10.

LA GRATA NOTICIA

LOS pastores guardaban su ganado en las llanuras de Bethlehem. Sin duda habían pedido a Dios que les enviara el Mesías prometido, ya que vivamente deseaban su advenimiento. Pero no lo esperaban tan pronto. El dulce cantar del ángel les sorprendió. Esperaban a Cristo, es verdad; pero quedaron anonadados cuando el enviado celestial les dijo que había nacido ya. ¡Oh, incredulidad maldita, cuándo dejarás de anidar en el humano corazón! Oraban a Dios, sí, mas no esperaban recibir tan rápidamente la contestación. Los primitivos cristianos rogaban por Pedro, pero cuando éste fué librado de la cárcel por el ángel del Señor y llegó a la orante congregación, los reunidos no creyeron que el que tenían delante de sí fuera realmente el mismo Pedro de carne y hueso por el cual estaban orando; dudaban de que su petición hubiera podido ser contestada tan pronto. ¡En cuántas ocasiones, desdichados de nosotros, imitamos a esos cristianos en su flaca fe! Oramos, es cierto; pero, a veces, no esperamos recibir la respuesta a nuestras peticiones.

Dios quiso alegrar a los pastores. Les mandó una grata noticia por uno de sus enviados. El Eterno siempre quiere alegrar a sus criaturas. Como el padre se compadece de sus hijos, se compadece Jehová de los que le temen. (Sal. CIII, 13.) Lo que nos sucede es que no siempre aceptamos las noticias gratas de Dios, no siempre comprendemos, por culpa y vergüenza nuestra, que Dios se compadece de nosotros, como Jesucristo se compadece del pueblo judío, el cual estaba esparcido como ovejas que no tienen pastor. (Mateo, IX, 36.)

Fueron nuevas las palabras del ángel, porque los pastores no solamente no las

esperaban, sino que ni tampoco las habían oído nunca; y fueron de gran gozo, porque se les anunciaba que por fin serían libres. Nos imaginamos cómo recibirían tan nueva y buena noticia. Hallándonos esclavos del pecado supimos que Cristo había venido al mundo a buscarnos y a salvarnos porque nos habíamos perdido. (Lucas, XIX, 10.) Lo creímos. Aceptamos a Cristo como a nuestro Salvador único y personal. Y, ¡oh, alegría!



EL NACIMIENTO DE JESÚS

fuimos salvos. Nos hallamos libres. Cristo nos libertó. La grata noticia de la salvación fué para nosotros una nueva de gran gozo.

Las nuevas de gran gozo que el ángel les daba, lo fueron para los pastores, lo son para nosotros y lo serán hasta para toda la eternidad. Oigamos lo que les siguió diciendo el ángel: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor». Precisamente el Salvador había nacido para ellos, para nosotros, como también para todos aquellos que por tal lo reciben. El anuncio del advenimiento de Cristo el Señor es en todo tiempo nuevas de gran gozo para

todo pobre pecador. Es un Salvador que nos salva del vicio, de la esclavitud, del pecado, de la eterna condenación. Nos proporciona inmerecido gozo por su cruel sufrimiento, nos da vida muriendo en nuestro lugar, nos acerca a Dios acercándose Él a nosotros. Humillándose Él, nos ensalza a nosotros; descendiendo hasta los infiernos, nos asciende hasta los cielos. ¿Será o no para nosotros una nueva de gran gozo el nacimiento de Cristo? Si; para nosotros ya lo es, por cuanto nos condujo desde nuestro descarriado camino al camino de la vida, nos perdonó nuestras iniquidades, borró nuestras rebeliones, el castigo de nuestra paz fué sobre Él y por su llaga fuimos nosotros curados. (Isaías, LIII, 5.)

La fe en Cristo nació en nuestro corazón para que Él viva en nosotros. No vivamos, pues, nosotros en nosotros mismos, sino nosotros en Cristo y Cristo en nosotros. Vivamos en la fe del Hijo de Dios, el cual nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. (Gálatas, II, 20.)

En nuestra vida que Él tenga la primacía en todo. Que realmente Él sea nuestro guía divino, nuestra luz celestial, nuestro alimento cotidiano, nuestro pastor infalible, nuestra vida eterna,

nuestra muerte mundana, nuestra resurrección gloriosa, nuestro cielo excelso, nuestro todo en todos siempre.

Cristo quiere que en tu corazón nazca tu amor para amarle, para que Él pueda vivir en ti. Dios busca lugar en tu alma para entronizar a su Hijo, para que Él sea toda tu vida. ¿Lo recibirás?

Acéptalo como a tu Redentor, recíbelo como a tu Salvador y Señor para que el angélico cántico sea en ti una viva realidad.

Que Cristo sea en ti para toda tu vida una nueva de gran gozo.

Zacarías CARLES JUST.

EL NIÑO EN EL PESEBRE

Nos faltan palabras para bendecir a Dios como es debido por el inefable favor que nos hace cuando nos visita para redimirnos; pero también nos faltan para calificar justamente la condición de la ciega Humanidad, que cuando su Dios viene a visitarla no tiene para recibirle otro lugar más apropiado que un duro pesebre. ¡Inmenso contraste entre el amor de Dios que nos da su Hijo, que es todo lo más que podía darnos, y la indiferencia de la Humanidad, que al Hijo de Dios ofrece por cuna un pesebre, que es todo lo menos que podía ofrecerle! Y el Mesías, que no vino a recibir gloria de los hombres, sino a humillarse y a sufrir por ellos; que no vino a buscar el primer lugar, sino el último, no tiene a menos ocupar la extraña cuna que el mundo le ofrece; cuna humilde de Aquél que vino a darnos ejemplo de humildad; cuna pobre de Aquél que en su carrera terrenal no había de tener donde reclinar su cabeza; cuna dura de Aquél que por lecho de muerte había de tener una cruz dura también.

Indigna era tal cuna de tal Niño; pero lo flaco y lo vil del mundo escogió Dios para avergonzar lo fuerte. Y en verdad que el pesebre, convertido en cuna de aquel Niño, que es el Rey de la Creación, dejará siempre en vergüenza y en ridículo a todos aquéllos llamados grandes por el mundo, que no pueden sentirse dichosos si no se ven rodeados de servidores y de comodidades; que no pueden sentirse felices si no se ven nadando en la abundancia; que no saben que al hombre hay que juzgarle por lo que es y no por lo que tiene y que ignoran también que un corazón de oro, aunque esté entre pajas, vale infinitamente más que un corazón vano, como la paja, aunque esté rodeado de todo el oro del mundo.

Cierto es que tan tosca cuna no estaba en armonía con la gloria del Niño acostado en ella; pero así como el Amado del alma de San Juan de la Cruz al pasar por los sotos con presura, vestidos los dejó de su hermosura, también nosotros podemos decir en lenguaje, si menos poético, no menos verdadero, que nuestro amado Redentor, al pasar por aquella cuna tan extraordinaria, la deja revestida de tan hermosas y benditas enseñanzas, que nos hacen que, al verle acostado en el pesebre, nos sintamos atraídos por ese Niño con una fuerza más poderosa e irresistible, que si le viéramos reposando en costosisima cuna de refulgente magnificencia.

¡Qué hermosas enseñanzas nos da el Evangelio al presentarnos al Niño acostado en el pesebre!

Nos enseña el amor de Dios. El Niño acostado en el pesebre es la dádiva que el amor de Dios nos hace. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito.» Don inefable que la Humanidad recibe sin merecerlo; dádiva preciosa que Dios nos hace sin haber hecho nosotros nada para alcanzarla; regalo de valor incalculable que trae consigo vida eterna al hombre

que por su desobediencia sólo condenación y muerte merecía. ¿Y por qué dádiva tan valiosa se encuentra en tan misero lugar? Porque no había otro. «María le acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el mesón.» El único lugar que había, lugar misero y humilde, último lugar del profundo valle de la humillación, Dios lo acepta sin reparo para poner en él a su Hijo cuando se trata de la salvación del hombre. Verdaderamente esto demuestra un amor como nunca la mente humana pudo imaginar; un amor que sobrepuja a todo entendimiento; infinito amor divino que no sabemos dónde brilla con más gloriosos resplandores: si en la cruz del Calvario donde Cristo muere por la Humanidad o en el establo de Belén en donde nace por

ella. El Niño en el pesebre nos enseña la humildad del Salvador. Ciertamente es que el Salvador aceptó aquel lugar porque el mundo no tenía otro para él. Pero aquel Niño, Señor de todo lo creado, que con su aliento animaba toda la Naturaleza, que tuvo poder para formar el mundo de la nada y para hacer brillar la luz en las tinieblas, ¿no pudo transformar el vil pesebre en dorada cuna? Pudo hacerlo y seguramente lo habría hecho si hubiera venido al mundo para asombrarlo y no para salvarlo. Si la claridad de Dios que acompañó al ángel que anunció el nacimiento del Mesías llenó de gran temor a los pastores que velaban y guardaban las vigiliadas de la noche sobre su ganado, ¿no hubiera sido ese temor de los pastores mucho mayor si al acudir a Belén, en vez de encontrar al Niño en el humilde pesebre, le hubieran encontrado en rica cuna rodeado de toda su gloria y de su esplendor celestial? En este caso, lejos de adorarle, habrían huido de Él con espanto. Además, si Cristo hubiera venido al mundo rodeado de su gloria no nos hubiera podido salvar. El camino para llegar a nuestro corazón le habría permanecido cerrado. El Cristo, envuelto en su majestad, sólo podía venir al mundo para condenarlo por su pecado.

Era despojándose voluntariamente de su gloria y tomando sobre sí todo el peso de nuestro pecado y nuestra miseria, como el Salvador podía redimirnos. Por eso le vemos humillarse hasta el extremo de verse acostado en un pesebre.

Bendita humildad de que se reviste el Salvador del mundo al acercarse al hombre para que el hombre, aun el más pobre y humilde, pueda acercarse también a Él sin miedo y sin temor.

El Niño en el pesebre nos enseña que Dios recibe lo que el hombre le ofrece, aunque nuestra ofrenda sea indigna de su gloria. Lo mejor que podemos ofrecer a Dios es nuestro corazón, y aun el mejor corazón humano es tan inundo, que no es merecedor de que Cristo more en él. Pero ya que no tenemos otra cosa mejor, Él acepta nuestro corazón si se lo ofrecemos para nacer en él, y aun cuando ese nuestro corazón sea como inundo establo en donde se albergan los más bajos, los más viles y los más feroces instintos y apetitos animales, Cristo no se avergüenza de nacer en él para dejarlo transformado en un corazón limpio.

Bien hace la Humanidad al pensar en estos días en aquel Niño acostado en el pesebre; pero no olvidemos que aquel Niño ya no está en el pesebre. Creció, se hizo hombre, murió y resucitó por nosotros, y ahora está a la puerta del corazón humano llamando para entrar. ¿Lamará en vano como un día llamaron José y María en el mesón de Belén, teniendo que quedar fuera porque dentro no había lugar para ellos?

Bien hace la Humanidad al pensar en estos días en aquel Niño acostado en el pesebre; pero no olvidemos que aquel Niño ya no está en el pesebre. Creció, se hizo hombre, murió y resucitó por nosotros, y ahora está a la puerta del corazón humano llamando para entrar. ¿Lamará en vano como un día llamaron José y María en el mesón de Belén, teniendo que quedar fuera porque dentro no había lugar para ellos?



(Cuadro de Mayno.)

La adoración de los Magos.

Miguel BLANCO FERRER.

CÓMO NACIÓ UNA LEYENDA

(CANTAR RUSO)



A la luz de perennes estrellas
iba un ángel con lento volar,
y mecía en sus brazos a un alma
que a la tierra bajaba a morar.

Desgranaba a su oído cantares
de la bella y sublime mansión
en que no se conocen los males
que en la tierra nos dan aflicción.

Y cantaba del Dios poderoso
que es justicia, belleza y amor,
y que alienta en los seres humanos
y da vida a la bestia, a la flor...

En la tierra quedó luego el alma;
vivo en ella aquel dulce cantar,
sin hallar su expresión adecuada,
sin poderlo jamás olvidar.

Un anhelo ferviente sentía,
y el vivir no calmaba su sed...
Volvió el ángel, tomóla en sus brazos,
y Dios mismo la quiso acoger.

Bramaba el viento. Soplaban con impetu
cual si quisiera derribar los árboles, y
ellos, al verse acosados, oponían mayor
resistencia, y aun dejaban que sus ramas
cantasen:

— No importa morir; lo que duele es
morir sin provecho...

Y arrullado por ese canto llegó al mun-
do Manolín, con tiempo para recibir el
beso de una madre moribunda y sin que
éste le alcanzase para conservar de ella
ningún recuerdo. No contaba dos años,
cuando su padre salió de su hogar para
no volver. Se murmuraba en la aldea...
pero nunca delante de Manolín. Nunca
delante del niño, a quien consideraban
ser uno de los suyos, aunque vivía aleja-
do, en lo alto del monte, con su abuela.
A ella sí la miraban con hostilidad, como
a forastera. Les molestaba que ni partici-
pase en su fiestas ni viniese, en las noches
de invierno, a pasar la velada hilando, y la
tenían por medio loca. ¿No se había reído a
carcajadas estrepitosas cuando vinieron a
prender a su hijo? ¿No había estado vi-
viendo en el bosque con su nieto, hasta
que el frío la obligó a cobijarse de nuevo en
su misera choza?

— Pobre niño — decían — pobre...

Manolín, sin embargo, era feliz. No le
parecía locura el salir de la choza todos
los años, cuando el sol calentaba, y bus-
car cada día un nuevo escondrijo.

— Nos buscan — decía la abuela con
voz temblorosa —; y el niño la cogía de
la mano y decía:

— Ven.

Y al sentarse a la sombra de algún pe-
ñasco, la anciana, ya tranquilizada, mur-
muraba:

— Aquí, ya no nos ven.

Y tomando al niño en los brazos le me-

cia como si aún fuese muy pequeño, hasta
que Manolín suplicaba:

— Abuela, cuéntame...

Brillaban entonces los negros ojos de
la mujer, con un fuego interior, su voz se
hacía misteriosa, mientras le prevenía:

— Pero no se lo digas a nadie, vida mía,
a nadie...

Y entonces comenzaba a contar, con tal
viveza, que el niño contenía la respiración,
hasta que al final del relato, exclamaba:

— ¡Qué bonito, abuela!

Un día le contó cómo su pueblo, para
salir de la esclavitud y librarse de la
muerte, mató un corderito la víspera de
su gloriosa liberación.



Con espanto contemplaron al hombre muerto en la soledad.

— ¿Por qué lloras? — se interrumpió,
al sentir una lágrima sobre sus rugosas
manos —, ¿por qué lloras, vida mía?

— Abuela — dijo el niño, su voz entre-
cortada por los sollozos —, ¿por qué tuvo
que morir el corderito?

— Porque tuvo que morir —, sollozó
también la abuela —, porque tuvo que
morir —; y lloraba con desconsuelo.

— No llores, abuela — dijo el niño —;
mira, yo ya no lloro.

Pero la vieja siguió gimiendo hasta la
noche.

— Abuela — dijo el niño, cuando al
obscurer todavía oía repetir a la anciana
«Porque tuvo que morir» —. ¿Verdad que
todas las cosas son de Dios?

— Todas, vida mía, todas.

— ¿Entonces el corderito también era de
Dios, verdad, abuela, aunque muriese...?

Y durmióse aquella noche, embargado
su ánimo de una felicidad profunda.

Fué aquél su despertar a las realidades
de la vida. Desde aquel día fué él quien
decidió cuánto debían andar cada día,
dónde debían pararse, qué debían hacer,
y cuando una vez la abuela le mandó por
pan a la aldea, sin darle el dinero preciso,
él fué a buscar trabajo. Fuese por compa-
sión, fuese por la mañana que se daba, para
que saliese bien cuanto le encomendaban,
nunca le faltó, aunque durante largas
temporadas no acudiese. Era eso, cuando
su abuela, obedeciendo a un impulso
extraño, rehuía toda compañía, buscando
la soledad de los montes, y el mucha-
cho, adolescente, la acompañaba en si-
lencio.

— Todos nuestros deseos se cumplen
— decía la abuela alguna vez —; todos...
pero hay que tener voluntad, hay que
querer... vete, vete al pueblo, verás qué
rico te haces, márchate —, le decía con
voz casi hostil.

— Si yo no quiero ser rico — respondía
el muchacho.

— ¿Pues qué es lo que quieres? — le instaba la abuela.

— Yo — respondía Manolo —, nada... nada... servir para algo en el mundo.

— Vete, vete — insistía la abuela.

— Tiempo habrá... tiempo habrá... — la tranquilizaba el muchacho —; lo que quiero ahora es estar contigo.

Y pasaron los años. Iba menguando la razón de la abuela; iban aumentando las reflexiones del muchacho hecho hombre. Y murió la abuela, y quedó solo.

Una noche espantosa de invierno, llamaron a su puerta. Era un vecino de la aldea. Su hijo se estaba muriendo.

— Voy en busca del médico — explicó —; creo que iré más rápido por el atajo; quisiera dejar mi caballería aquí hasta la vuelta.

— Vuélvase a la aldea — dijo Manolín —; yo iré.

Salió, llegó al pueblo más cercano, y dió el aviso. Era una noche extraña. Manuel, que conocía palmo a palmo el terreno, erró el camino. Ni se dió cuenta de ello. Andaba, andaba, y le parecía sentir la misma felicidad que cuando niño.

— Todos nuestros deseos se cumplen — parecía que oía decir a su abuela, y su propia alma contestaba:

— Nunca supe tener un deseo vehemente. Vida perdida la mía; nunca supe ser como los demás... Y volvía a oír la voz de su abuela:

— No hay ninguna vida perdida; todas las vidas, ricas o pobres, felices o infelices, cortas o largas, todas las vidas son de Dios.

Y vió brillar una luz. Y sintió el deseo de ver a alguien, de sentir junto a sí el calor de una voz humana; y mientras apretaba el paso, el viento mecía las ramas cual si quisiera romperlas, y ellas cantaban inspiradas por él:

— No importa morir, no importa morir... Lo que duele es morir sin provecho...

Y llegó a la puerta de un cortijo. Dió dos aldabonazos, y salió a abrir un hombre.

— No es esto ninguna posada — le informó sin dejarle hablar, y cerró la puerta.

Manuel prosiguió sin atender ya al camino, como atraído por otra luz en la lejanía. Llegó a una choza. Le azuzaron un perrazo enorme que se acercó a oler su ropa y se volvió con sus amos. Casi como sin voluntad propia se fué alejando en busca de otra luz. Y una vez más fué rechazado.

— Dios mío — murmuró —. Dios mío, hazme encontrar un corazón compasivo... No por mí... No por mí... Ablanda los corazones.

Y cual si fuese cumpliendo una sagrada misión, fué encontrando las viviendas diseminadas en aquellos montes tan escasamente poblados. En una, por último, una niña le dió, a hurtadillas, un pedazo de pan. Con él en la mano, vino a refugiarse junto a una tapia...

Cesó el viento. Amaneció. Cayó la nieve en menudos copos, borrando veredas y

caminos, imponiendo silencio en el andar de los que la vispera habían cerrado sus puertas con estrépito. Con espanto contemplaron las facciones sobrehumanamente bellas del hombre muerto en la soledad.

— Era nuestro Señor — murmuró uno —, y yo le cerré mi puerta.

— Era nuestro Señor — musitaba otro —, y yo le negué albergue...

— Era nuestro Señor...

Y todos sentían brotar en sus almas pensamientos generosos.

En los cortijos de Cataluña, y en los más apartados con preferencia, se pone todos los años, por este tiempo, un cubierto más a la mesa para el huésped de Nochebuena, y todo viandante que llegue en esa noche encuentra hospitalidad y cariñosa acogida.

Catalina FLIEDNER Y BROWN.

(Dibujos de M. Ramos.)

~~~~~

## "CHRISTMAS CARDS"

Hace un siglo nadie habría sabido lo que es un *Christmas Cards*. Hoy circulan, en estos días por centenares de millares por todas partes; y en algunos países, como Inglaterra, han llegado a ser una institución, sin la cual muchos de los buenos ingleses no comprenderían la Navidad.

Su invención se debe a Mr. W. A. Dobson, que en la Navidad de 1844, queriendo enviar a un amigo algo más que una mera felicitación, se le ocurrió pintar un dibujo que representaba una familia celebrando la comida de Navidad y brindando por los amigos ausentes. El amigo, al recibir la tarjeta, se la enseñó a otros; éstos imitaron la idea de pintar sus tarjetas, se fué extendiendo la idea, se convirtió en costumbre y hoy pasan por las Administraciones de Correos centenares y millares de estas lindas cartulinas.

Hay casa en Inglaterra que sólo vive de esta industria, pintando durante el año las tarjetas que, al aproximarse Navidad, llenan los escaparates y vitrinas de infinidad de comercios. Se dice que sólo el Correo en Inglaterra circuló en 1909 más de 30 millones de *Christmas Cards* !A qué número no ascenderá hoy las que se despachan por todos los Correos del mundo!

La principal casa editora de estas tarjetas publica más de 4.000 modelos distintos cada año, gastando en el importe de los dibujos más de 2.500 duros. ¡Como que hay dibujante que sólo vive de esto!

A veces los editores organizan concursos con grandes premios para pintores y poetas. Se cuenta que a Tennyson le fueron ofrecidos 5.000 duros por ocho composiciones de a cuatro versos cada una, para acompañar a otros tantos dibujos. A pesar de lo tentador de la oferta, no la aceptó. Pero ello prueba lo que es y lo que gasta la industria y costumbre de los *Christmas Cards*, que ya empieza a cundir en España.

## VILLANCICO

(Para Enriquito Molina.)

*No lloréis con pena,  
ojuelos divinos,  
que el mundo al miraros  
gime entristecido.*

\*

Lágrimas serenas,  
diamantes divinos  
vierten los ojuelos  
del celeste niño.

Bésale su madre;  
y con dulces dichos  
que en su boca pone  
el amor benigno,  
dice, consolando  
a su amado Hijo:  
ojos de amor santo,  
luceros divinos  
que llenáis el orbe  
de esplendor y brillo;

*no lloréis con pena,  
no estéis afligidos,  
que el mundo al miraros  
gime entristecido.*

\*

Cesa el blando lloro  
del celeste niño,  
que a salvar los hombres  
de la gloria vino;  
y ríe su madre;  
y los pastorcillos  
que a adorar llegaron  
al recién nacido,  
le adoran, y encantan  
su infantil oído  
al son que modulan  
leves caramillos.

Mas luego que cesa  
todo canto y ruido,  
y hacia sus majadas  
van los pastorcillos,  
de nuevo el Infante,  
Hijo del Dios vivo,  
llora dulcemente,  
gime entristecido.

Y la amante Madre  
que sufre al oírle,  
pues sabe que llora  
porque tiene frío,  
dicele muy quedo,  
dicele, bajito,  
al Dios que, por darnos  
gloria, hombre se hizo:

*No llores, mi dueño,  
calla ¡Señor mío!  
que el mundo al oírte  
gime entristecido.*

J. CHICHARRO DE LEÓN.



EL rojo y amarillo resplandor de la chimenea coloreaba caprichosamente el grupo de damas y señores en torno del fuego, sentados. De vez en cuando, como empujadas por una fuerza sobrehumana, se retorcian las llamas en convulsiones grotescas, amenazaban repasar el marco de la enorme campana, parecían querer introducir en los leños de donde habían salido, huyendo del cierzo de la noche.

El gran salón señorial, cuajado de tapices, estaba en penumbra. De haber entrado alguien en él de repente, no hubiera sido pequeño su espanto, al observar los rostros encendidos de los frioleros y sus medios cuerpos iluminados, mientras las espaldas desaparecían tras las macizas líneas de los sillones. Cuando cesaba, por un momento, el chasquido de los leños en la chimenea, se percibía la cantinela adormecedora del viento, a través de los paredones del castillo. Luego, un silencio, ancho, pesado, frío.

Las damas se estremecían. Los caballeros, pugnaban por reanudar la alegre conversación, ha poco interrumpida al retirarse la servidumbre a sus habitaciones. Porque D. Lope de Aragón, el dueño y señor del castillo, era caballero muy cristiano y, a fuer de tal, amante de sus servidores, a quienes esta noche, por ser la Nochebuena, había invitado a celebrar la fiesta con él, su familia y sus amigos, junto a la chimenea del salón grande.

Con el postrer y cordial «buenas noches» del mayordomo, había concluido la bulla inocente de las zambombas, el relatar sencillo de los villancicos y la alegría.

D.<sup>a</sup> Lucía de Aragón tendió la mano a su esposo para que éste viera los estragos que en tan fina piel había causado la caña de la zambomba. . . Dos, tres puntitos rojos, pronosticaban otras tantas ampollas. Damas y caballeros rieron de buena gana sobre los temores de la señora.

— Con decirselo a Pedro Estébanez, todo se arreglará.

D. Lope se alisó las ondas de su gran peluca blanca y murmuró:

— Es verdad. Pedro Estébanez. . . ¿Pero cómo no ha venido en toda la noche?

Todos se hicieron la misma pregunta.

## EL CARBONERO DE LA INQUISICIÓN

Nadie había pensado aquella noche en el buen hombre.

Pedro Estébanez era médico de profesión, «físico» de afición, y de reconocido talento. Pero la Inquisición abrigaba sospechas de que «maese» Pedro se dedicaba a la alquimia. Además, desde su última estancia en Alemania, se había notado un gran cambio en su manera de ser. También se decía, en voz baja y escondiéndose, claro está, que el anciano sabio tenía relaciones con los luteranos. Hacía poco, la Inquisición tendió sus garras para atra-



En torno del fuego sentados.

parle; pero D. Pedro Estébanez se amparó en el castillo de D. Lope de Aragón, cuyo padre era antiguo amigo suyo. El de Aragón le recibió cordialmente y respondía de su seguridad con su propia vida. El de Aragón era todo un hombre, que odiaba al rey Felipe, desde el día en que, siendo huésped del castillo, le vió firmar al pie de una orden del Santo Oficio, después de oír la misa, diez condenados a muerte.

Hacia muchos años que D. Lope de Aragón no visitaba Valladolid ni El Escorial. Alejado de su vida cortesana, tenía siempre amigos que se complacían en su hidalguía, asequible a todas las conversaciones y sin temor al Santo Oficio.

— El día que el rey Felipe me envíe a los familiares del Santo Oficio — había dicho solemnemente D. Lope — los arrojaré al Ebro.

Pesaroso por el involuntario olvido, levantóse D. Lope con un movimiento enér-

gico, tiró de un cordón, oyóse a lo lejos el tintín de una campanilla, y al poco entreabrió la puerta el mayordomo solicitando permiso.

— Di al «médico» que le esperamos.

Los ojos de todos se volvieron hacia la puerta, que chirrió como un lamento. Alto, esquelético, los cabellos blancos, sobre la gola del justillo de negro terciopelo, seguro el paso de sexagenario, la cabeza erguida, y una ternura y seriedad en el rostro, que imponían respeto, entró D. Pedro Estébanez. El anfitrión corrió a su encuentro. Abandonaron los caballeros sus asientos y las damas saludaban con un gracioso movimiento de las enormes pelucas blancas.

No se sentó D. Pedro, sino que acercándose al fuego, tendió sus manos — largas, marfileñas y fuertes, de cirujano o de alquimista — hacia los leños.

La venerable figura del hermoso viejo infundía respeto.

A pie firme, las manos extendidas, la cabeza barbada, de león, con los ojos negros, que las llamas iluminaban, parecía don Pedro al sumo sacerdote de una religión extraña, que bendecía el fuego. A lo largo de la chimenea, se erguía su sombra. Las damas admiraban el perfil dantesco del viejo.

— Perdonad, mae-

se Pedro. . ., interrumpió D. Lope.

— No. . . ¿De qué? Vuestro mayordomo olvidó, sin duda, traer leña para mi chimenea. . . He quemado mis dos bastones. . . No, no. ¿De qué?

Las palabras del viejo no reprochaban. . . Eran serias, amargas. Eso sí.

— En una noche así, es más agradable tener compañía. . . Yo leía arriba, en la torre, el relato del evangelista San Lucas. . . Jesús tampoco tuvo mucha compañía. Su madre, su padre. . . Como en la cruz, sí, como en la cruz. Allí estaban su madre y su discípulo. Al nacer y al morir estamos muy solos. Nacemos llorando y expiramos con un gran grito. Como en Bethlehem, como en el Gólgota. . .

Calló D. Pedro, crujían los leños. El viento mugió en el cañón de la chimenea. D.<sup>a</sup> Lucía, la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba.

Todos estaban conmovidos. . .



— Quisiera ofrecerle mi asiento, maese Pedro.

— Gracias, D. Lope, sería demasiado para mí. Gracias. Vuestra bondad me resarce siempre de... No, nada. Perdonen vuestras mercedes. Ya soy viejo y, a veces, me sube la amargura del corazón y se posa en mis labios.

D. Lope arrimó su sillón más cerca del fuego y obligó suavemente al viejo médico a sentarse.

— Esta noche me recuerda — empezó Estébanez —, una otra ya lejana. ¡Ah!, sí. Hará sus quince años. Entonces era yo médico de su majestad y preparaba mi viaje a Alemania. El pretexto era visitar la Universidad de Leipzig, pero, en realidad, ardía en deseos de mirar de cerca el gran movimiento revolucionario de Wittenberg. Ansiaba conocer al hombre y su obra. En la corte de Valladolid y en aquella otra corte de... monstruos, junto al Tiber, temblaban hasta las piedras contra el valiente y sabio Martinus. Era el odio de las tinieblas a la luz.

Pues bien, en aquella noche de que les hablaba cruzábamos mi criado y yo los callejones de Valladolid, en dirección a nuestra casa. Hacia un frío horroroso. Con paso apresurado desembocamos en la calle de la Cadena, cuando, al enfilarla, oímos un tropel de gente que corría y, antes de pensarlo, se nos echó un hombre encima, clamando:

— ¡Socorro, socorro! ¡Protegedme, señor! ¡Me matan!

Mi criado se puso junto a mí, y entre los pliegues de nuestras capas ocultamos al desgraciado.

Fué cosa de un momento, porque en seguida llegaron, jadeantes, tres hombres de tal facha, que daba miedo.

Antes de que resollaran les interpele con aquella dureza mía, hoy ya desvanecida, por la gracia de Dios:

— ¿Quiénes sois, villanos? ¿Qué se os ofrece?

Uno de los tres — nunca podré olvidarlo —, un tipo de mirada fosca y raidos vestidos, me respondió, levantando la diestra que empuñaba un látigo:

— Servidores del Santo Oficio, señor. ¿Y vos?

Por toda contestación — y con objeto de no delatarme —, eché mano a la espada y, ayudado por mi criado, puse a los tres malandrines en franca huida. Entre el viento oímos algunas maldiciones.

Con mil trabajos y fatigas, puesto que el desgraciado perseguido apenas podía tenerse en pie, le condujimos a casa, adonde llegó desvanecido, exhausto. Le desnudamos y tendimos en un camastro, suponiendo, y con tino, que, si no herido, estaría a lo menos tan asustado, que sólo unas friegas de vinagre caliente y algo de alimento y bebida podrían reanimarle. Mientras mi criado preparaba esto último, examiné el cuerpo del infeliz.

— Señoras mías — D. Pedro Estébanez se inclinó brevemente ante D.<sup>a</sup> Lucía — en gracia a su presencia, no he de dete-

nerme en la descripción detallada de aquella espantosa visión. El hombre era, de abajo arriba, una pura llaga. Tenía los pies destrozados, las espaldas, el pecho y el cuello, llenos de vergajazos, las manos quemadas. Yo no sé cómo aquel hombre pudo correr como corría, cuando topamos con él.

— El miedo presta alas. ¡Asesinos! — masculló D. Lope de Aragón.

— Yo creo — rectificó el médico —, que ante Dios, aun eso es decir poco. Pero permitanme vuestras mercedes que prosiga. Sin malrotar un solo momento, lavamos y vendamos al desgraciado, desde el calcañar a la frente. Todo el día de Navidad estuvo sumido en un sopor de muerte. A la mañana siguiente entreabrió los ojos y, viéndome inclinado sobre él, buscó con sus manos vendadas las mías, para acercarlas a sus labios. El esfuerzo acabó con las pocas fuerzas que le restaban.

Me propuse sacarle del gran aprieto y ponerlo pronto en condiciones de abandonar este país, que semeja, a veces, una mala madre que tortura a sus hijos hasta hacerse aborrecer.

Allá al mediodía del 26, me relató el herido, entre suspiros y lágrimas, lo con él acaecido. Mi criado, en pie, cerca de la puerta, mascullaba juramentos y maldiciones. Yo soy desde aquella hora otro...

El anciano arrojó dos leños a las brasas. Los leños cayeron formando una cruz, que comenzó a chisporrotear alegremente, cubierta de humo y llamas verdes de resina.

El hombre era «carbonero del Santo Oficio»; es decir, vivía proporcionando al Santo Oficio leña para los «autos de fe». Al clarear el alba, salía con su borriquillo hacia los montes cercanos y regresaba, ya anochecido, con su carga de leña, que era el pan para sus hijos. Un oficio como otro cualquiera. Ya saben vuestras mercedes que nuestro pueblo no conoce, desgraciadamente, otra diversión que el suplicio de los herejes y las fiestas de toros. Jamás se le ocurrió al buen carbonero que colaboraba en una obra que la crueldad y el fanatismo habían engendrado en los infiernos. Él suministraba su leña, prestaba su borriquillo también para que algún hereje, incapaz de caminar hacia la hoguera por su propio pie, se asentase sobre el lucido lomo, y cobraba por todo sus maravedises. El carbonero tenía mujer e hijos. Un día, sobrevino el primer disgusto en el hogar del carbonero, después de veinte años de matrimonio. La mujer le aconsejaba cambiar de oficio. El buen hombre pidió explicaciones, se incomodó, y llegó, en su descontento, a tachar a su mujer e hijos — que hacían causa común con ella — de herejes luteranos.

Mas, a pesar de los pesares, no pasaba día sin que el carbonero dejase de visitar con su borriquillo los montes. Lo hacía con poca alegría. Lo peor era el regreso. Su mujer le había dicho cierta vez, en un arranque de sencilla elocuencia:

— Marido: el dinero que te dan por la leña, gotea sangre.

Y el carbonero acomodaba su carga sobre la bestia, suspiraba mirando las nubes cárdenas y rojas del atardecer, rehuía la conversación con los compañeros de trabajo, y sentía una angustia grande, grande, oyéndoles cantar coplas de amores a lomos de los mansos borriquillos.

Una noche halló el hogar vacío. Jamás acostumbraban mujer e hijos a salir cuando el padre venía ya de regreso. El carbonero, una vez descargada la leña, dirigióse a casa de sus vecinos. Todos le cerraban la puerta con estrépito ante su propia cara. No cenó; no pudo dormir.

El menor susurro le sobresaltaba. Tenía miedo al nido vacío.

\* \* \*

Al fin amaneció un día lívido, sin brillo, sin luz. Antonio cargó su borriquillo, y con el corazón oprimido marchó hacia el cuartelillo donde había de descargar la leña.

Por el camino encontró a un familiar del Santo Oficio, que se detuvo, y bromeando le dijo:

— ¿Sabes, villano, que te asemejas mucho a Abraham? Aunque, bien mirado tú no cargas la leña sobre tu mujer y tus hijos.

El familiar se alejó riendo. Antonio veía su figura negra, siniestra, de pajarraco escuálido.

Apoyóse en el borriquillo para evitar el vahido que le privaba de fuerzas. También el manso animal doblaba el cuello con aire de tristeza. La niebla, que encapotaba los cielos, se hizo lluvia. Antonio empujó al borriquillo hacia casa. La sospecha de que su mujer e hijos estuvieran en manos de la Inquisición se hacía tan grande, que ya no le cabía en el pecho. El borriquillo, extrañado el temprano regreso a la cuadra con la carga sobre el lomo, se negaba a marchar. Antonio lo dejó a su antojo, y se encaminó despacio a casa, sin sospechar que el borriquillo le seguía.

Era el 24 de Diciembre. Allá, al medio día, se presentaron en casa de Antonio tres corchetes con orden de prenderlo. Le hallaron en la cuadra, abrazado al cuello de su borriquillo y llorando. Se dejó conducir sin protestas. Ante el Tribunal, hubo de confesar todo lo que sabía. Aquellos señores rígidos, implacables, le dijeron que su mujer e hijos estaban convictos y confesos de herejía, y que el día 26 serían quemados. Le dijeron, también, que su mujer y sus hijos le acusaban de ser él quien les había imbuído las ideas luteranas.

El carbonero creyó a duras penas lo primero; pero al escuchar la supuesta acusación de los suyos contra él, gritó:

— ¡No, no! ¡Es mentira!

Hasta la puesta del sol estuvo encerrado en un cuartucho húmedo llorando y maldiciendo. Se deshizo los dedos al forcejear en la cerradura, para arrancarla.

A la luz trágica de las lamparillas de



petróleo, cruzó de nuevo los corredores hasta la sala del Tribunal. Fué horrible... ¡Horrible!

Primero se le leyeron las declaraciones que había hecho por la mañana. Pero estaban tan trastocadas de su verdadero sentido, que aparecían como irrefutables acusaciones contra la mujer y los hijos de nuestro hombre. Éste se revolvió furioso, rugió, ya al borde de la demencia. Se le puso una mordaza de cuero, y le sujetaron a un sillón, como se sujeta a un toro para marcarle. De esta guisa inutilizado, le acercaron a la mesa para que firmase aquellas infamias. Se negó. Dos verdugos le descalzaron, y pusieron bajo las plantas de sus pies un brasero. El carbonero bramaba de dolor; pero se negó a firmar la sentencia de muerte contra los suyos. Le desnudaron para azotarle...

Cuando los señores del Tribunal le vieron tendido en el suelo, abatido sobre su propia sangre, medio muerto, se retiraron, dando por concluida la vista. Aún silbó en sus oídos la voz del carbonero, que en pleno delirio les gritaba:

— ¡Asesinos! ¡Asesinos! Vosotros crucificasteis al Señor.

A puntapiés le llevaron a su celda; pero el carbonero forcejeó, se puso como loco, pateó y mordió a sus verdugos, que retrocedieron espantados, y echó a correr por el primer pasillo que se abría ante él. Una ventana poco alta favoreció su huida. Saltó, y desapareció por ella. Luego, se encontró con nosotros en la calle de la Cadena.

D. Pedro Estébanez hizo una corta pausa.

— Ni quiero, ni aun queriendo, podría tampoco recordarles las escenas de horror que el carbonero me relataba entre sollozos. Pero sepan sus señorías, que desde aquel suceso no he vuelto a tener una Nochebuena sin pensar en el «carbonero de la Inquisición».

— ¿Y murió?

— Sí, D.<sup>a</sup> Lucía, horas más tarde, cerré sus ojos con la misma pena, como si el desdichado fuese mi hermano carnal.

— ¿Y su mujer e hijos?

— Créame, D. Lope, que hice cuanto me fué posible por averiguar su paradero. Con gran cautela, claro está, porque del Santo Oficio no se libra, creo yo, ni el mismo rey, hice mis investigaciones. A la hora, próximamente, en que el carbonero abría sus ojos para buscar mi mano, expiraban la madre y los tres hijos en la hoguera,

Dicen que el mayor, un buen mozo de diez y ocho años, gritó a su madre, cuando ya le cubrían las llamas:

— ¡Por Jesucristo el Señor, madre!

— ¡Por el Santo Evangelio, hijos míos!

Me lo relató persona muy veraz y de influencia que, aunque se ve obligada a trabajar a las órdenes del gran Inquisidor de Valladolid, ha renegado hace tiempo de la Iglesia católica.

D. Lope de Aragón quiso variar el tema, e interrogó al médico:

— ¿Y su viaje a Alemania?

— Ya saben vuestas mercedes a lo que fui, y lo que de allí me traje.

— Mucha intranquilidad, maese Pedro

— dijo D.<sup>a</sup> Lucía con voz triste.

— No todo, no todo es intranquilidad, señora. Crean vuestas mercedes que soy más feliz y me encuentro más libre que nunca. ¡Alemania! ¡Qué hombres! ¡Qué fel

Cuando sus señorías se sirvieron llamarme, zumbaba en mis oídos la melodía de una canción religiosa que Lutero compuso, y a quien yo mismo oí interpretar al armonio. ¿Me permiten vuestas mercedes? Sólo una estrofa...

Sin destruirla dejarán,  
aun mal de su agrado,  
esta Palabra del Señor.  
¡El lucha a nuestro lado!  
Que lleven con furor  
los bienes, vida, honor,  
los hijos, la mujer...  
¡Todo ha de perecer!  
¡De Dios el reino queda!

Se había erguido D. Pedro para entonar el himno con energía arrolladora. Temblaba su cuerpo de alegría, de fe; pero en su rostro, más pálido, dantesco y serio que nunca, brillaban sus ojos como dos carbunclos. Extasiados le miraban damas y caballeros. Cada uno hubiera dicho, de no contenerlos el respeto y la emoción del momento:

— ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia y justicia!

Manuel GUTIÉRREZ MARÍN.

(Dibujo de M. P. Miguel.)



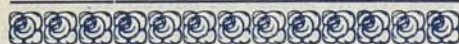
## EL PORTAL DE BELÉN

Fueron a ver los pastores  
al que es Divino Pastor,  
y magos, grandes señores,  
van a ver a su Señor.  
Y todos hallan en Cristo  
alegría y sumo bien;  
vayamos con nuestras almas  
hasta el portal de Belén.

En aquel rústico establo  
hay el tesoro mayor  
que puede hallar en el mundo  
todo pobre pecador.  
Es un tesoro bendito;  
si quieres tenerlo, ven;  
que de seguro lo encuentras  
en el portal de Belén.

El Niño recién nacido  
en ese pobre portal,  
viene a dar a nuestras almas  
felicidad inmortal.  
Si quieres la dicha eterna,  
no tardes, con Cristo ven,  
que ciertamente la encuentras  
en el portal de Belén.

C. ARAUJO



## En la mañana de Navidad.

Buen Dios, por Navidad te damos gracias  
al resonar en nuestro ser la voz  
de paz y buena voluntad al mundo,  
que oyeron los pastores de Belén.  
Te damos gracias, pues que en este día  
nuestro pensar es mucho más gentil;  
nuestros impulsos más libres de trabas;  
más fuerte nuestro afán hacia el amor.  
¡Es cual si todo el mundo fuese hoy  
un gran bebé en brazos de su Dios!  
Cuanto se pueda hacer hoy para dar  
gozo a los niños, sea hecho ahora:  
¡Cuesta tan poco hacerles tan felices  
cual ángeles de Dios!  
Haz que amarguras,  
y toda clase de bajeza, sean  
desarraigadas hoy de nuestro ser;  
y haznos libres del pecar más fiero,  
que es envidiar los bienes de otras gentes.  
Suprime hoy toda palabra dura,  
y ahoga en nuestra boca toda frase  
que al expresarse puede dar dolor.  
Haz que comamos hoy lo que comamos,  
con buena voluntad y con concordia,  
no aminoradas por el pensamiento  
de desear que fuese mucho más.  
Abre, oh, Dios, ahora nuestros ojos,  
para encontrar aquéllos que ahora gimen  
sufriendo hambre. Haz que recordemos  
a los que sufren, así cual nosotros  
queremos ser en tu mente, oh, buen Dios.  
Haz que tu tregua reine por doquiera,  
cesando la contienda y el rencor;  
y si tenemos algo contra alguno,  
haz que tu amor lo borre por completo.  
Sea este día por siempre recordado  
con gran sonrisa, pues que en él reinó  
el sol del alma, y que nuestras manos  
fueron unidas en amor sincero  
y cariñoso afecto.

Oh, buen Señor,  
y haznos tolerantes con los seres  
de opuestas opiniones a las nuestras;  
pacientes con el ruido y la algarazara  
de juventud ardiente y estruendosa;  
sufridos con los viejos que cansados  
son achacosos, y haznos reverentes  
a todo amor y culto de tu esencia.  
Haz, oh, Señor, que el sol que se levanta  
esta mañana de tu Navidad,  
trayendo gozo a nuestros corazones,  
descienda hasta el ocaso con placer;  
y que al llegar la noche descansen  
de aquel cansancio limpio y constructivo,  
de aquéllos que en tu amor hallan solaz,  
sin un remordimiento de conciencia,  
sin petulancia al dormir en ti.  
Y al despertar mañana, haz que nosotros  
reempecemos a vivir con fe  
un nuevo año lleno del perfume  
de Navidad en nuestro corazón.  
Y así cual Pascua pasa Pascua, haznos  
oh, buen Señor, que ellas nos eleven  
más cerca hacia aquel punto de tu cielo,  
donde las almas limpias y derechas  
gozan al fin la excelsa Navidad.

Ángel BLANCO BERONDIA.



**P**RINCIPIARÉ diciendo que mi historia no deja de ser interesante, aun cuando me juzguen poco modesta. Por mucho tiempo, fui un trozo de cartulina blanco, brillante, que tras de algunos trabajos, salí de la fábrica con destino a una lujosa y céntrica papelería de la ciudad, adonde iba dispuesta a lucir mi persona, pensando atraer muchas miradas.

Sali contenta, y en unión de otras muchas compañeras, los mozos de la fábrica nos acomodaron en un automóvil para trasladarnos a nuestro nuevo domicilio. Un automóvil, de reducidas dimensiones, en el cual no teníamos mucha holgura y, sin embargo, íbamos todas alegres, con esa alegría que proporciona la esperada visita de lo desconocido.

Hubo que ver el jaleo que se armó al ponerse el vehículo en marcha. Sentí que se me iba la cabeza, y noté un gran mareo, e igual efecto sufrieron varias compañeras. El caso no era para menos. El automóvil iba atravesando calles estrechas y mal empedradas, y a su paso el vehículo producía un movimiento de vaivén continuo, que ejercía en mí y en mis amigas un efecto desastroso.

Menos mal que corría un aire fresco y agradable (nos hallábamos a principios de Diciembre) que venía a aliviarnos un poquito. Con todo, eran en extremo pintorescos los comentarios que hacíamos acerca de nuestro futuro porvenir.

También entre nosotras, como entre los hombres, había sus distinciones sociales. Una tarjeta, cuya confección había durado bastante más tiempo que la mía, destinada a ser *Christmas Card*, a pesar de que sus iguales permanecían calladas, y se trataban con todas, no pudo contener su orgullo y habló de esta manera:

— ¡Bah! No sé a qué pretendéis compararos conmigo. Yo, seguramente, iré a felicitar a alguna dama aristocrática o a un alto personaje, mientras que vosotras tendréis que contentaros con ir a parar a manos de algún muchacho que vaya a trazar cuatro garabatos sobre vosotras.

Sus palabras produjeron un enorme revuelo. Todas gritábamos a la vez, tratando de contestarle, pero armamos tal barullo, que no logramos entendernos.

## II

Puso término a nuestra discusión la parada del auto en que viajábamos, que en una amplia calle se había detenido, ante una tienda lujosísima.

— ¡Ya hemos llegado a nuestro destino! — grité fuertemente, para que todas me oyeran.

Y en efecto. Aún no había terminado de decirlo cuando unos hombres, jóvenes por cierto, llegaron hasta el auto, levantaron la tapa trasera, y poniéndonos sobre sus manos nos introdujeron por estrechos pasillos y oscuras habitaciones, hasta una más amplia, pero también muy

# HISTORIA DE UNA POSTAL DE NAVIDAD

oscura, donde nos acomodaron, dejándonos allí.

Sentí una tristeza tremenda. Acostumbrada ya a la luz y al aire de la calle, aquella habitación oscura se me hacía insostenible.

Estuve varios días encerrada, que procuré pasarlos lo mejor posible, y ya, a pesar de la oscuridad, iba encontrando más simpática esta habitación.

Una mañana, llegó un dependiente y anduvo rebuscando en los estantes. Todas estábamos intranquilas, porque al mismo tiempo que deseábamos salir cuanto antes de tal lóbreguez, sentíamos separarnos, pues en nuestra convivencia habíamos logrado entablar una gran amistad. Al fin, me tomó a mí, acompañada de cinco amigas mías, que silenciosamente gemían.

Me despedí de todas, y al marcharme pude ver que la tarjeta orgullosa, con la vista, me dirigió una mirada de simpatía, que me confortó.

En el establecimiento aguardaba nuestra llegada un avisado muchachito, de trece a catorce años, rubio y con cara de listo, que nos metió en su bolsillo, mediante la entrega al dependiente de unas cuantas monedas.

Atravesamos varias calles, y al fin penetró en una casa moderna, donde vivía.

Ya en su cuarto, nos desenvolvió cuidadosamente, me tomó a mí, que estaba encima de todas, y puso un texto muy bonito, que aún lo recuerdo: «Os ha nacido hoy un Salvador».

Concluida su obra, corrió a enseñarla a sus padres, quienes mostraron su conformidad, y entonces, con gran gozo, escribió en mi espalda una dedicatoria, me encerró en un sobre y bajó a la estafeta cercana, donde puso en el sobre un sello y me echó al buzón.

## III

Al momento comprendí que iba a felicitar a alguna amistad o parientes del muchacho. Y así sucedió.

Un día, tras de andar de un sitio para otro y ser manejada por muchas manos, yendo incluso en tren, por lo que deduzco que cambié de población, si bien no sé el nombre de ésta, un cartero me entregó en un nuevo domicilio.

Este hogar al que fui destinada, se hallaba formado por un joven matrimonio, tíos del muchacho que me compró.

Reunidos una mañana, al sentarse a comer, abrieron el sobre que me contenía y leyeron la dedicatoria con profunda alegría. Pero sobre todo, noté que se fijaron de una manera especial en las palabras «Os ha nacido un Salvador».

Hablaron largamente sobre esto y me

arrinconaron entre otras postales. Allí estuve varios días, al lado de otras muchas tarjetas que, como felicitación de Pascuas, recibieron.

De cuando en cuando me sacaban, leían mi texto, cambiaban algunas palabras, y otra vez al mismo sitio, arrinconada. No obstante, comprendía que las palabras que tenía escritas habían causado en este matrimonio una buena y profunda impresión.

Un día, el esposo llegó a su casa, de la oficina, más contento que de ordinario. Traía un libro en la mano, en cuyo lomo se leía en letras doradas el siguiente título: *Santa Biblia*.

Me sacó de mi escondite y me puso como señal en aquel libro. Todas las noches, después de cenar, leía él en voz alta un trozo de este libro, que decía muchas cosas buenas, y sus rostros resplandecían de júbilo. Después, me ponía como señal en el capítulo en que quedaban. Y así un día y otro, ejercía mi oficio, feliz, contenta.

Una noche, después de la lectura, cogió una pluma y escribió en mí estas palabras: «A esta tarjeta debemos nuestra salvación».

Comprendí entonces todo y me sentí satisfecha por haber guiado a Cristo a dos almas extraviadas. Desde entonces, cada día ardía en deseos de que llegase la noche para efectuar la lectura preciosa de la Palabra de Dios, que dió vida a aquel joven matrimonio.

Y así sigo, feliz y alegre...

Ramón TAIBO SIENES.

## Notas breves.

*Iglesia de Cristo, Sabadell.* — El día 13 de los corrientes y durante el culto matutino, fué bautizada una niña con los nombres de María Milagros Esther. Es hija de los miembros comulgantes de esta Congregación, D. Vicente Morales Cot y D.<sup>a</sup> Joaquina Alsina Cardús. Fueron padrinos D. Cándido Morales y D.<sup>a</sup> María Cardús, abuelos de la bautizada. Reciban todos nuestra cordial enhorabuena.

*Iglesia Evangélica Española, Bilbao.* — A la avanzada edad de ochenta años, durmió en el Señor, el miembro de esta Iglesia D. Bernardo Olsen, súbdito noruego, que siempre, y especialmente durante su enfermedad, dió un buen testimonio de su fe. El sepelio tuvo lugar al día siguiente. Nuestro pésame a la familia del finado.

## Nuestra Estafeta.

*M. W., Alcázar de San Juan.* — El donativo de esa Iglesia apareció en la lista publicada en el número 615 de esta Revista, página 351.

*S. P., Barcelona.* — Enviados los programas de la Semana de Oración, que solicitaba.

*E. P., Croxley Green.* — Remitidos los números que deseaba.

*J. F., Ribadeo.* — Hemos recibido de usted un giro de 2,50 pesetas, pero no de 8, como dice en su carta. Se lo notificamos, por si hay algún error.

*M. R., Ceuta.* — Sentimos mucho no poder publicar listas de donativos de carácter particular. Ello nos obligaría a llenar buena parte del poco espacio de que disponemos, con las listas que, seguramente, nos mandarían todas las Iglesias, porque, ¿cuál de ellas no está necesitada de ayuda?



# Información Evangélica.

## ESPAÑA

### Cultos de Navidad.

El viernes de esta semana, Día de Navidad, celebrarán solemnes cultos a las once de la mañana, las Iglesias de Beneficencia, Calatrava y Noviciado.

### Conferencias de otoño.

Ha terminado la serie de conferencias que durante el otoño se han celebrado varios viernes en la Iglesia del Redentor, de Madrid. No las hemos ido reseñando una a una, por no restar espacio a otras noticias, mas no porque hayan carecido de importancia ni hayan merecido el silencio. Pero terminadas ya, si hemos de consignar que han constituido una labor muy notable, desarrollada durante siete viernes, desde mediados de Octubre hasta la fecha. Los temas, todos muy interesantes, fueron hábilmente tratados por las personas que se habían encargado de ellos, siendo escuchados con interés por el numeroso auditorio que acudió todas las noches, en el cual se veían muchas personas de fuera. La propaganda que se hizo por la Prensa y por anuncios de mano, constituyó parte no pequeña de la obra realizada, no entorpeciendo para nada la celebración de los cultos de costumbre. ¿Éxito? El tiempo lo dirá. En nombre del Señor se ha llevado a cabo la obra, y Él hará que nuestro trabajo no haya sido vano. — D. de R.

### La secularización de cementerios.

En Zaragoza, Barcelona, Sevilla y otras muchas ciudades importantes, los Ayuntamientos han procedido con toda solemnidad a secularizar los cementerios. En nuestro número anterior nos decía algo *Mirapeix* sobre Zaragoza, y después hemos recibido *El Liberal*, de Sevilla, donde encontramos una detallada reseña del acto realizado por el Ayuntamiento, acudiendo en corporación y bajo mazas, a derribar la pared que separaba al que fué cementerio católico del civil. Después del discurso del alcalde, un grupo de niños de las escuelas evangélicas de San Agustín, entonó unos cánticos, que fueron escuchados por todos con mucho interés. Después de derribado el muro de separación, el Ayuntamiento colocó varias coronas en las tumbas de algunos hombres ilustres, y entre ellas en la del ex sacerdote Barnés, padre de uno de los vicepresidentes de las Cortes Constituyentes, y en la del pastor Palomares.

**¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?**

### En Tarrasa...

El sábado, día 12, tuvimos la satisfacción de asistir, invitados especialmente por el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, al acto del derribo de aquella pared del cementerio que tantos sinsabores nos causó en dos ocasiones seguidas, hace poco menos de un año.

La Corporación Municipal quiso dar al acto toda la solemnidad que se merece por su gran significado libertario, organizándose en la Casa Comunal la imponente comitiva que, con música y estandartes, acudió a mostrar su adhesión a tan regocijante acto.

Los discursos de los señores concejales merecieron nuestros más sinceros plácemes por su gran respeto a las ideas religiosas. Se citaron textos del Nuevo Testamento para demostrar que aquella absurda barrera, en lugar de tener algún apoyo en las enseñanzas del Evangelio, era un insulto al Padre común, que ordena amarnos como hermanos.

Es indescriptible el entusiasmo que se exteriorizó en el momento cuando el primer teniente de alcalde, D. Samuel Morena, hijo de padres evangélicos, de Monistrol de Montserrat, dió los primeros golpes que iniciaron el derribo.

El espíritu de la población es extremadamente incrédulo, en parte debido a la influencia, marcadamente extremista, que ejercen los sindicatos obreros; pero la obra de esta Iglesia va desarrollándose con firmeza, habiéndose unido a nuestras filas unos doce miembros nuevos, durante el presente año.

### ... y en Manresa.

A esta histórica cuna del jesuitismo hemos hecho varias jiras en breve tiempo. En la primera, no hicimos más que visitar la famosa cueva donde se forjó la nefasta Institución ignaciana y repartir algunos centenares de folletos.

La segunda vez pudimos apreciar mejor el interés del pueblo que se congregaba comentando respetuosamente la aparición de un buen número de pasquines anunciadores del nuevo libro de controversia que acabábamos de escribir, titulado: *A las fuentes del Cristianismo*, del que, por cierto, la librería más céntrica que los expendia agotó en pocos días la existencia.

Últimamente fuimos a banderas desplegadas con motivo de la feria, montando en un punto céntrico algunos textos y un grande mapa histórico, con ayuda del cual pudimos explicar el Evangelio a buenos auditorios, entre los cuales contamos más de un cura. Las ventas de Escrituras y otros libros evangélicos fueron muy buenas. En nuestras conversaciones

con la gente notamos un fenómeno curioso, debido a la intensa labor de los colportores, única hasta ahora realizada en aquella ciudad. Varias personas que poseen la Biblia, la leen y la aprecian como Palabra de Dios, recomendándola a otros casi con tanto fervor como cualquier evangélico; han desechado algunos, no todos, los dogmas del Romanismo, pero continúan llamándose católicos, seguramente por no conocer la religión que se ajusta a la Biblia, como les decíamos a ellos.


¡Quién lo dijera pocos meses atrás! ¡El baluarte del jesuitismo abierto al Evangelio! ¡Curas y frailes contemplando impasibles, y hasta escuchando con atención, la propaganda protestante, sin interrumpir ni tratar de llevar a la cárcel al orador! ¡Bendita República, que has sabido cambiar los lobos en corderos, si no de grado, a la fuerza, librando a nuestra patria del oprobio de la intolerancia! ¡Que Dios nos ayude a pasar por las puertas que tú nos has abierto! — S. Vila.

### En Santa Cruz de Mudela.

En este pueblo se celebró el 12 del actual una conferencia evangélica sobre el tema «La mujer y la religión». Desde mucho antes de comenzar, los salones de la Sociedad Benéfica Obrera Instructiva, donde iba a celebrarse el acto, aparecían llenos de bote en bote, viéndose en el auditorio muchas señoras, atraídas sin duda por el tema que iba a tratarse. Hizo la presentación de los oradores D. José Laguna, encargado de la Misión Evangélica Española en dicha localidad, cediendo la palabra en primer lugar a D. José Martínez, el cual explicó lo que es un verdadero protestante, exhortando a todos a prepararse para el futuro, ya que esta vida es breve, entregándose cada uno al Señor Jesús.

Después habló D. Miguel Aguilera que, entrando de lleno en el tema, hizo ver el dominio que la Iglesia Romana tiene de la mujer por medio del confesonario, y cómo actualmente trata de redoblar sus esfuerzos con ocasión de haberse concedido a la mujer el voto. Terminó también instando a todos a depositar su confianza en el Padre celestial.

El numeroso auditorio premió con nutridos aplausos a los oradores. El Señor bendiga actos como éstos, para que acerquen a los hombres al verdadero Salvador. — Adrián Laguna.

 **Si usted encuentra en su paquete mayor número de ejemplares de los que tiene suscritos, empléelos como propaganda.**



## DEL DOMINGO DE LA PRENSA

Donativos recibidos para ESPAÑA  
EVANGÉLICA

|                                                | Pesetas.      |
|------------------------------------------------|---------------|
| Suma anterior . . .                            | 722,05        |
| Iglesia Evangélica Española, Logroño. . . . .  | 10,—          |
| Emilio Barnedes, Palafrugell. . . . .          | 2,—           |
| B. Castell, Tremp . . . . .                    | 15,—          |
| Higinia Durán, Roma . . . . .                  | 10,—          |
| Círculo de Sundby, Copenhague. . . . .         | 50,—          |
| Iglesia de Jesús, Madrid (Calatrava). . . . .  | 35,—          |
| Iglesia Evangélica Española, Zaragoza. . . . . | 15,—          |
| Iglesia Metodista, Barcelona. . . . .          | 85,—          |
| Iglesia Metodista, Pueblo Nuevo. . . . .       | 12,50         |
| Iglesia Metodista, Clot. . . . .               | 12,50         |
| Iglesia Metodista, Rubí . . . . .              | 25,—          |
| <b>SUMA . . . . .</b>                          | <b>994,05</b> |

Muy agradecidos a todos los donantes.

## Palabras de aliento.

*Espero que el resultado del Domingo de la Prensa este año les animará a seguir adelante en el año 1932, y que dicho año sea mejor que los anteriores. Le saluda cordialmente, su amigo y hermano, Samuel H. G. Saunders, Barcelona.*

*Sr. D. Juan Flidner, Madrid: Muy señor nuestro y hermano en Cristo. El «Círculo de hombres» del curato de Sundby (1), Copenhague, resolvió el 18 de Noviembre de 1931, en su reunión en la casa del Sr. Canter, mandar al periódico ESPAÑA EVANGÉLICA una subvención de 50 pesetas para contribuir así a la propagación del Evangelio en España. A causa de la comunicación directa entre el Sr. Canter y usted, y el curato de Sundby por la visita de usted y el mitin en su Iglesia, resolvió también remitir el importe por el intermedio de usted. Entonces, le remitimos por ésta un cheque de 50 pesetas, rogándole tener la bondad de remitirlo al periódico en nombre de nuestro Círculo. Quedamos suyos (si guen las firmas).*

(1) Un barrio de Copenhague.

## T A P A S

Ya están listas las del tomo de 1930. Se venden al precio de 3 pesetas para España y América, y 3,50 para los demás países. Estos precios incluyen gastos de embalaje, correo :: :: y certificado. :: ::

Relatos de la Biblia  
en Cuadros.

Por Elsie Anna Wood.

Publicados por la Sociedad para la Promoción del Saber Cristiano, han salido a luz cuatro cuadernos de 16 páginas, en papel grueso todas ellas, menos las dos o tres primeras, que dan una sencilla narración bíblica, ocupadas con artísticos dibujos de línea, que los niños pueden iluminar a la acuarela o con lápices de colores.

Por ejemplo, vemos al hijo pródigo en la primera lámina pidiendo a su padre la parte de la herencia; luego, marchando sobre su camello; después, cantando con alegres amigos, y así toda la historia en doce gráficas escenas.

Los asuntos de estos cuatro cuadernos son:

Historia del niño Moisés.

La primera noche de Pascua (en Egipto).

El hijo pródigo.

El buen samaritano.

Un excelente regalo de Navidad y Reyes, para un niño o una niña.

Precio de cada cuaderno:  
**una peseta.**

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas  
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID  
Teléfono 17.933.

## ESPAÑA EVANGÉLICA

## SEMANARIO PROTESTANTE

## Precios de suscripción.

|                                    |                 |
|------------------------------------|-----------------|
| España y Portugal: Un año. . . . . | 8 pesetas.      |
| Seis meses . . . . .               | 4 »             |
| Extranjero: Un año. . . . .        | 15 »            |
| » Seis meses . . . . .             | 8 »             |
| América: Un año. . . . .           | 1,50 dólar oro. |
| » Seis meses . . . . .             | 0,75 »          |

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

## Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:

|                      |                           |              |
|----------------------|---------------------------|--------------|
| España. . . . .      | Por ejemplar al año . . . | 6 pesetas.   |
| Extranjero . . . . . | » » » » »                 | 12 »         |
| América . . . . .    | » » » » »                 | 1 dólar oro. |

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:

|                 |                           |            |
|-----------------|---------------------------|------------|
| España. . . . . | Por ejemplar al año . . . | 5 pesetas. |
|-----------------|---------------------------|------------|

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590

## ARTE EVANGÉLICO

Adorna nuestros hogares, educa a nuestros niños y facilita la expresión de nuestros afectos cristianos.

## Textos bíblicos de pared.

En cromolitografía fina: Flores.

Tamaño, 17 × 24 cm.; 4 diferentes. . . 0,75

Dios es nuestro amparo y fortaleza.

Él es nuestra paz.

Gozaos en el Señor siempre.

El Eterno te bendiga y te guarde.

Idem: Paisajes con flores.

Tamaño 11 × 16 cm.; 4 diferentes. . . 0,40

Antes que clamen, responderé yo.

Fiate de Jehová de todo tu corazón.

Jehová es mi pastor; nada me faltará.

Dios es nuestro amparo y fortaleza.

Idem: Flores, sobre un fondo imitación marfil.

Tamaño 8 × 12 cm.; 4 diferentes. . . 0,30

Dios es amor.

No temas, yo soy contigo.

Yo y mi casa serviremos al Eterno.

No te desampararé ni te dejaré.

Juan el Bautista predicando arrepentimiento.

Preciosa lámina en color. Tamaño 18 × 28 cm. . . . . 1,—

## Tarjetas de felicitación.

Paisaje y ramo de flores.

Tamaño 7,8 × 10 cm.; 4 diferentes. . . 0,20

Gracias a Dios por su don inefable.

Yo sé a quién he creído.

Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Lámpara es a mis pies tu palabra.

Cestito con ramo de abeto y flores.

Tamaño 6 × 9,3 cm.; 4 diferentes. . . 0,15

Grandes cosas ha hecho Jehová.

La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado.

Os es necesario nacer otra vez.

Verdaderamente Hijo de Dios era éste.

## Tarjetas propias para índice o registro de un libro.

Ramos de flores de color vivo.

Tamaño 6,7 × 15 cm.; 6 diferentes. . . 0,20

Sin Mi nada podéis hacer.

Gozaos en el Señor siempre: otra vez, digo, que os gocéis.

Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa.

El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Dejad los niños venir a Mí, y no se lo estorbéis, porque de los tales es el reino de Dios.

Plantas primaverales en flor.

Tamaño 5 × 12 cm.; 4 diferentes. . . 0,15

¿No sabéis que sois templo de Dios?

Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia.

Dios quiere que todos los hombres sean salvos.

Por su llaga fuimos nosotros curados.

Tarjetas-vales para niños.

Jesús, de doce años, en el Templo.

Estampa cromolitográfica. Tamaño 10 × 14,5 cm. . . . . 0,10

Cien cuadros bíblicos, cada uno. . . 0,05

Tamaño 6 × 9 cm., todos diferentes.

La colección del Antiguo Testamento . . . 1,50

La colección del Nuevo Testamento . . . 1,50

(Consta cada una de estas colecciones de 50 láminas diferentes).

La colección completa . . . . . 2,50

El Buen Pastor:

12 textos diferentes ilustrados, para niños, tamaño 6 × 7,5 cm. Cada uno. . . 0,05

La colección completa . . . . . 0,50

Preciosas Tarjetas Postales.

Con el portal de Belén, para felicitar la Navidad.

Con los Magos de Oriente, para Año Nuevo.

Con la paloma refugiándose en el Arca (Génesis, 8, 9).

Con el Arco Iris, símbolo de paz (Romanos, 15, 33).

Con un faro y una nave que peligra en medio de un mar tempestuoso (Salmo 27, 1).

Y otras con asuntos bíblicos, cada una al precio de 25 céntimos. La docena 2,50 pesetas.

Los pedidos a D. Juan Flidner,

Calatrava, núm. 27. — MADRID